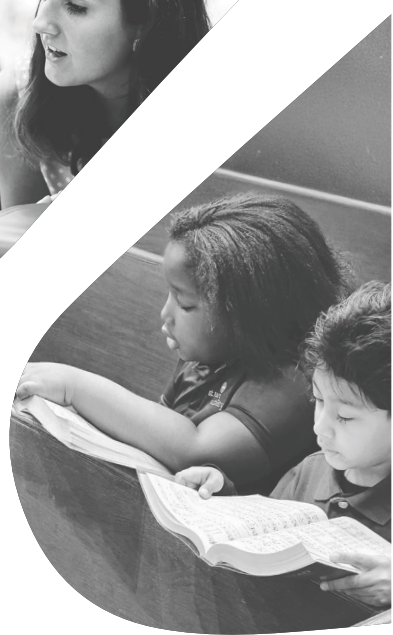




HACER

Una Carta Pastoral para la Gente
de la **Diócesis de Joliet**

make.diojoliet.org



**Una Carta Pastoral del Reverendo Ronald A.
Hicks para la Gente de la Diócesis de Joliet**

Oración	1
Introducción	2
Un Enfoque Renovado	3
Cuatro Elementos Esenciales	4
Un Quinto Fundamento	7
Conclusión	8
Preguntas	10

Oración para HACER Discípulos

Siempre amando a Dios, creador de todas las cosas buenas, nos hiciste a tu imagen y nos llamaste por el bautismo. Danos ahora la gracia de convertirnos en tus discípulos, y concédenos que, al ser hechos así, hagamos lo que nos has ordenado: ir y hacer otros discípulos mientras catequizamos, evangelizamos y ponemos nuestra fe en acción. Por intercesión de nuestro patrón, San Francisco Javier, San José, la Santísima Virgen María y todos los santos, humildemente hacemos nuestra oración. Amén.

Introducción

Dios Amó Tanto al Mundo

¡Amo a Jesús! Creo de todo corazón que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Dios nos ama tanto que quiere que seamos salvos a través de Su Hijo. Esta salvación viene a través de un encuentro con nuestro Señor en la Iglesia y los Sacramentos, particularmente a través de Su vida, sufrimiento, muerte y resurrección. Con todo mi corazón, deseo que todas las personas se salven conociendo, amando y sirviendo a Dios.

En 2018, el obispo R. Daniel Conlon presentó su carta pastoral, *Go*, a la gente de la Diócesis de Joliet. En esa carta, nos llamó proféticamente a abrazar el mandato misionero de la Iglesia. Enfatizó la necesidad crítica de un enfoque renovado en la evangelización y la salvación de las almas, especialmente en respuesta a las cambiantes mareas culturales y los desafíos que enfrenta nuestra fe hoy.

Sobre la base del mensaje fundacional del obispo Conlon, me gustaría que mi primera carta pastoral diera el siguiente paso, pasando de la palabra *ir* a **hacer**. “Hacer” no es solo la *siguiente* palabra, sino también una palabra urgente para hoy. En la Gran Comisión, Jesús nos exhorta: **“Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles a obedecer todo lo que os he mandado. Y ciertamente yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”** (Mateo 28:19-20).

El primer paso es ir al mundo, que está tan desesperadamente necesitado de salvación a través de Jesús. Y una vez que nos vamos, ¿qué viene después? Jesús responde a esa pregunta llamándonos a hacer discípulos de todas las naciones. Ahora todo depende de un solo verbo: **hacer**. Esto plantea una pregunta importante: más allá del bautismo, ¿cómo hacemos discípulos realmente? Muchos de nosotros estamos buscando orientación práctica sobre cómo vivir Su misión en nuestra vida diaria. Sin embargo, la mayoría de nosotros nos sentimos increíblemente mal equipados para hacer discípulos.

Acabamos de concluir un proceso diocesano de reestructuración de nuestro centro pastoral, parroquias y escuelas. Ahora, si queremos crecer como una Iglesia próspera



Después de habernos enamorado de Jesús, nos impulsa un sentido de misión a compartir su amor insondable con todos los que conocemos y a servir a los demás. Ahora nos envía a poner nuestra fe en acción.

y vibrante, una que se tome en serio la transmisión de la fe a las generaciones futuras, debemos pasar del mantenimiento a la misión. Para hacer este cambio, he invitado a todos a seguir una visión centrada en tres caminos esenciales resumidos en cinco palabras: *Catequesis, Evangelización y Fe en Acción*.

La catequesis nos pone en contacto con quién es Jesús. Para muchos de nosotros, aprender sobre Jesús comenzó en la infancia. En realidad, llegar a conocer a Jesús de manera personal es un proceso de toda la vida. A medida que profundizamos nuestro conocimiento de Jesús, también descubrimos su invitación a entrar en una relación amorosa y personal con Él. Esta es la evangelización, que abre nuestros corazones a su amor y amistad íntima. Finalmente, después de habernos enamorado de Jesús, nos impulsa un sentido de misión a compartir su amor insondable con todos los que conocemos y a servir a los demás. Ahora nos envía a poner nuestra fe en acción.

Estos tres caminos, *catequesis, evangelización y fe en acción*, nos guían hacia el cumplimiento de nuestra misión y nos ayudan a comprender cómo cada uno de nosotros debe vivir su fe. A lo largo de esta carta, proporcionaré una hoja de ruta sobre cómo podemos hacer de esto una realidad vivida.

A través de la intercesión de la **Santísima Virgen María, San José Guardián del Redentor**, y nuestro patrón, **San Francisco Javier**, que nosotros, como Iglesia, seamos fortalecidos e inspirados por el Espíritu Santo para comprometernos cada vez más plenamente en la misión de Cristo de hacer discípulos.

Un Enfoque Renovado en un Panorama Cambiante

¡Quiero que amen a Jesús también! Este es el profundo deseo de todos los que aceptan la invitación del Señor de ir y hacer discípulos.

Desde ese momento en la montaña cuando Jesús les instruyó que fueran y hicieran discípulos, estas palabras se convirtieron en el enfoque de lo que debían hacer a continuación. Hacer algo generalmente significa formarlo o crearlo. Pero cuando se trata de personas, ¿qué significa eso realmente? Podríamos pensar en un entrenador que les dice a los atletas indisciplinados que los convertirá en un equipo, o un instructor culinario que entrena a los principiantes para convertirlos en chefs, o un instructor de instrucción que forma a los reclutas en bruto para convertirlos en marines. En cada caso, “hacer” apunta a un proceso de **transformación real**.

Sin embargo, parece que algo nos ha estado frenando. En su carta pastoral de 2018, el obispo Conlon reflexionó sobre los cambios en nuestra diócesis, del crecimiento al declive. Señaló la reducción de la asistencia a misa, menos bautismos y confirmaciones infantiles, una disminución en las vocaciones sacerdotales y religiosas, menos parejas que eligen el matrimonio en la Iglesia y la reducción y cierre de parroquias y escuelas católicas.

Estas tendencias no son exclusivas de la Diócesis de Joliet. El panorama religioso ha cambiado drásticamente de lo que muchos de nosotros recordamos hace solo una generación. Eventos inesperados, como la pandemia de COVID-19, han agregado impulso a este cambio, creando desafección hacia la Iglesia en algunos, mientras que despiertan un deseo más profundo de fe en otros. Si bien algunos estudios muestran que la desafiliación religiosa entre los adultos puede estar estabilizándose, queda una pregunta obvia: ¿Cómo debemos entender los cambios que hemos visto en el mundo que alguna vez conocimos?

Los estudiosos de la cultura y la religión describen estos cambios dramáticos como el final de la “Era de la Cristiandad” y el comienzo de una nueva “Era Apostólica”. Apuntan a un cambio que en realidad comenzó hace siglos. Si bien los académicos pueden debatir los orígenes de este cambio, ahora nos enfrentamos a un hecho innegable: donde una vez la sociedad apoyó una cosmovisión cristiana, la cultura dominante de hoy a menudo es indiferente o incluso hostil hacia ella. Esta es la realidad cultural y el desafío al que nos enfrentamos hoy. Aunque la transmisión de la fe ya no está respaldada por la

cultura y la sociedad como antes, debemos aprovechar nuevas oportunidades para que las personas tengan un encuentro personal con Cristo.

El fin de la cristiandad no significa el fin del cristianismo o de la Iglesia. Jesucristo construye su Iglesia sobre roca, a pesar de las arenas movedizas de la cultura que la rodea. Nosotros, Sus discípulos, ahora debemos ser hechos en las piedras vivas (1 Pedro 2:5) con las que Él edifica. En 2025, conocemos la misión. Vemos el paisaje. Y nosotros, unidos a Jesús y guiados por el Espíritu Santo, tenemos trabajo que hacer. Esta carta no es simplemente una reflexión sobre nuestro pasado o presente; es una invitación para cada uno de ustedes. Mi esperanza es que al ofrecer sugerencias prácticas sobre cómo podemos vivir la misión de Jesús de hacer discípulos, personalmente, dentro de nuestras familias, escuelas, parroquias y en toda nuestra diócesis, profundicemos nuestro amor por Jesús y llevemos a más personas a la salvación a través de Él.

Primero, Estar Hecho

¿Cómo construimos una Iglesia que haga más discípulos? Una vieja frase latina nos da una pista: *Nemo dat quod non habet*—“No puedes dar lo que no tienes”.

Entonces, primero, debemos ser hechos. El proceso de convertirse en un discípulo de Cristo se ve un poco diferente para cada uno de nosotros, moldeado por nuestra educación, oportunidades, talentos, elecciones, luchas y oración personal.

Sin embargo, nuestro vínculo común es la persona de Jesucristo, Señor y Salvador de todos, y Su Iglesia.

Entonces, ¿cuáles son estos elementos compartidos, o hoja de ruta, que nos ayudan a entrar en la plenitud del discipulado y convertirnos en hacedores de discípulos para Jesús? Nombraré cuatro elementos esenciales para nosotros y, más adelante, agregaré un quinto. Es útil ver estos cuatro pasos en orden:

1. Conversión
2. Confesión
3. Comunión
4. Comisión

Veremos el quinto esencial por separado, porque mantiene unidos a todos los demás.

Conversión

Para muchos de nosotros, dar el primer paso para seguir a Jesús puede ser lo más difícil. Sin embargo, si se toma, marca el comienzo de un proceso de llegar a conocer y amar al Señor. Lo llamamos *conversión*, el momento en que recibes una invitación de Jesús para entrar en una relación personal y amorosa con Él. Es ese momento en el que te das cuenta de que Dios es real y no solo una teoría, y cuando entiendes personalmente que Dios se está conectando contigo y amándote hasta el punto de que respondes decidiendo seguirlo para siempre.

Puedes ser educado en la fe y participar en muchas de las expresiones externas del catolicismo, como ir a misa y asistir a varios eventos parroquiales, sin convertirte nunca en un discípulo que lleva a otros a Jesús. Nunca te convertirás en ese discípulo sin dar un paso inicial, que es aceptar Su invitación a seguirlo.

Hay muchos santos que experimentaron una *conversión*, muchos de los cuales no fueron fáciles. Un ejemplo convincente proviene de la vida de **San Francisco de Asís** (c. 1181-1226). Cuando era joven, San Francisco vivió una vida de privilegios y ambiciones mundanas, pero un día, después de un encuentro con un leproso que inicialmente lo había rechazado, San Francisco vio a Jesús en el hombre y se sintió impulsado por compasión a desmontar de su caballo y abrazar y besar al leproso.

Como ilustra la historia de San Francisco, cuanto más conozcamos y amemos personalmente al Señor, más anhelará nuestro corazón una relación más profunda con Él. Nuestra fe ya no se sentirá como una cuestión de rutina, sino más bien como un deseo gozoso de participar en Sus Sacramentos, de seguir Sus mandamientos y de ser continuamente transformados por Su amor.

Si aún no has experimentado este amor, te animo a que lo pidas ahora en oración. Cuando ores, debes saber que Yo también oro contigo y por ti, que al recibir este regalo, des el siguiente paso como un verdadero discípulo de Jesús.

//

[Conversión] es ese momento en el que te das cuenta de que Dios es real y no solo una teoría, y cuando entiendes personalmente que Dios se está conectando contigo y amándote hasta el punto de que respondes decidiendo seguirlo para siempre.



Confesión

Nuestra conversión nos mueve a una vida más profunda de fe en Jesús y al deseo de moldear nuestras vidas de acuerdo con Su Evangelio. En Jesús, tenemos un Salvador personal que quiere perdonar nuestros pecados para que podamos vivir libremente como hijos amados de Dios.

Sin embargo, a veces algo nos impide buscar la misma misericordia que Dios ofrece tan libremente. Para aceptar la gracia del perdón, no solo debemos reconocer nuestra debilidad, sino también reconocer los trucos del Diablo, que quiere más que nada mantenernos atrapados en el pecado. A veces, podemos sentirnos tentados a pensar, falsamente, que nuestras decisiones no son pecaminosas porque no parecen dañar a los demás. O, con el tiempo, podríamos llegar a creer, también falsamente, que hemos caído tan profundamente en el pecado que estamos fuera del alcance de Dios. Ambas formas de pensar simplemente no son ciertas.

Quiero decir enfática y gozosamente que Jesús es la Encarnación de la Divina Misericordia. Al morir en la cruz en un acto de amor puro y sacrificial, venció tanto el pecado como la muerte. En el Sacramento de la Confesión, es Jesús mismo quien borra nuestros pecados cuando los confesamos con corazones sinceros y contritos y tomamos la firme resolución de cambiar nuestros caminos. A través de la absolución del sacerdote, recibimos la gracia de una nueva vida.

Cuando pensamos en la lucha con el pecado personal, tal vez nadie nos venga a la mente más fácilmente que **San Agustín de Hipona** (354-430). A través de la experiencia del arrepentimiento y la conversión repetidos, San Agustín aprendió a abandonar sus búsquedas mundanas y superar sus fallas morales para experimentar una profunda transformación espiritual.

Como ilustra la historia de San Agustín, nuestro camino de discipulado comienza con una admisión simple pero humilde:



soy un pecador. Y mientras somos pecadores, esforcémonos por ser santos. Solo entonces comenzaremos a saborear la plenitud de ser hechos verdaderos discípulos de Jesús. Cuando deseamos eso para nosotros mismos, naturalmente también lo queremos para los demás.

Si ha pasado un tiempo desde que experimentaron la abundante misericordia de Dios al confesar sus pecados en el Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación, los invito a orar por el coraje y la gracia para regresar y buscarlo.

Communion

Después de la conversión y la confesión, la comunión continúa el proceso transformador de hacer discípulos. Por "comunión" me refiero nada menos que a la Eucaristía, el don de Jesús de sí mismo (Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad) a la vida de la Iglesia. De una manera muy tangible, la Iglesia en los Estados Unidos ha vuelto a despertar al significado de la Sagrada Comunión, gracias en parte al Avivamiento Eucarístico de tres años que culminó hace más de un año, cuando 60,000 católicos, incluidos muchos de nuestra propia diócesis, se reunieron en Indianápolis para el Décimo Congreso Eucarístico Nacional.

La Eucaristía es la fuente y la cumbre de toda la vida cristiana, haciendo discípulos a través de la transformación personal. Jesús viene a nosotros en la Eucaristía porque esta es su forma de querer estar en comunión contigo. Recordamos estas palabras del Evangelio de Juan: "Así como el Padre viviente me envió, y yo tengo vida por causa del Padre, así también el que se alimenta de mí tendrá vida por causa de mí" (Juan 6:54). Para decirlo de otra manera, "¡Eres lo que comes!" Por lo tanto, la Eucaristía es el alimento por el cual Jesús se hace vivo en nosotros. Transformados por el verdadero Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Cristo, recibimos la gracia y el poder para ir a la misión como Sus hacedores de discípulos.

El Avivamiento Eucarístico coincidió con el proceso de canonización de un nuevo santo, **Carlo Acutis**, nacido en 1991, que se ha convertido en un modelo a seguir del discipulado eucarístico en esta era posterior a la cristiandad. Cuando era adolescente, debido a su amor por la Eucaristía, Carlo iba a misa todos los días e invitaba regularmente a sus familiares a unirse a él. Carlo también construyó y promovió un sitio web sobre milagros eucarísticos como herramienta para la evangelización.

Como entendió San Carlo, la Eucaristía es el alimento espiritual que nos sostiene y el sacramento por el cual Jesús nos capacita para ayudarlo a construir su Cuerpo, la Iglesia. Nunca seamos tímidos a la hora de dar testimonio de nuestra fe en la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Una vez verdaderamente alimentados por la Eucaristía, nos reunimos en comunidad, viviendo nuestras vocaciones individuales unidos en esta única vocación: hacer discípulos para la salvación de las almas. Hacemos esto en comunión con nuestras familias, parroquias, comunidades religiosas, escuelas, organizaciones y todas las instituciones católicas.

Si ya aprecias la Eucaristía, deja que tu amor por ella brille intensamente. Compártelo, adóralo y recíbelo con un corazón alegre. Si la Eucaristía aún no se ha convertido en una parte central de su camino espiritual, los invito encarecidamente a convertirla en una prioridad. Pídele al Señor que encienda dentro de ti un anhelo más profundo por Su verdadero Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, y experimenta la gracia transformadora que trae a tu vida.

//

La Eucaristía es la fuente y la cumbre de toda la vida cristiana, haciendo discípulos a través de la transformación personal. Jesús viene a nosotros en la Eucaristía porque esta es su forma de querer estar en comunión contigo.



Comisión

Volvemos de nuevo a la montaña en el momento en que Jesús resucitado encarga a sus apóstoles que vayan a hacer discípulos. Alimentados por el poder transformador de Jesús en la Eucaristía, no serían enviados solos en su viaje. Llevarían consigo a Jesús, el Verbo encarnado, ahora vivo en ellos, su Cuerpo, dado "para la vida del mundo" (Juan 6:51).

Cada celebración eucarística concluye con un envío. De hecho, la palabra *Misa* deriva su significado de la palabra latina *missa*, que significa "despido". La liturgia no llega simplemente a su fin. Los reunidos son enviados a llevar los frutos de la Eucaristía al mundo: "¡Ve en paz, glorificando al Señor con tu vida!" Este envío al final de la Misa es, para cada uno de nosotros, nuestra participación personal en la misión de hacer discípulos de la Iglesia.

A medida que avanzamos, estamos llamados a poner nuestra fe en acción todos los días a través de nuestras buenas obras, nuestro compromiso con el servicio, nuestra integridad moral y nuestra dedicación a la justicia y la paz en el mundo. Sin embargo, nada de esto es posible sin conocer y amar primero a Cristo y ser alimentado por Él. Es de esta relación profunda y personal con Jesús que fluyen todos nuestros esfuerzos, ayudando a otros a llegar a conocerlo y amarlo también.

Nuestro Patrón, **San Francisco Javier** vivió su misión viajando por el mundo para compartir el Evangelio y bautizar a los conversos en India, Japón, China y Goa. Aprendió a adoptar la vestimenta y las costumbres de las culturas locales para ser acogido en sus comunidades y compartir el Evangelio.

Un Quinto Fundamento Que Contiene el Resto: La Oración

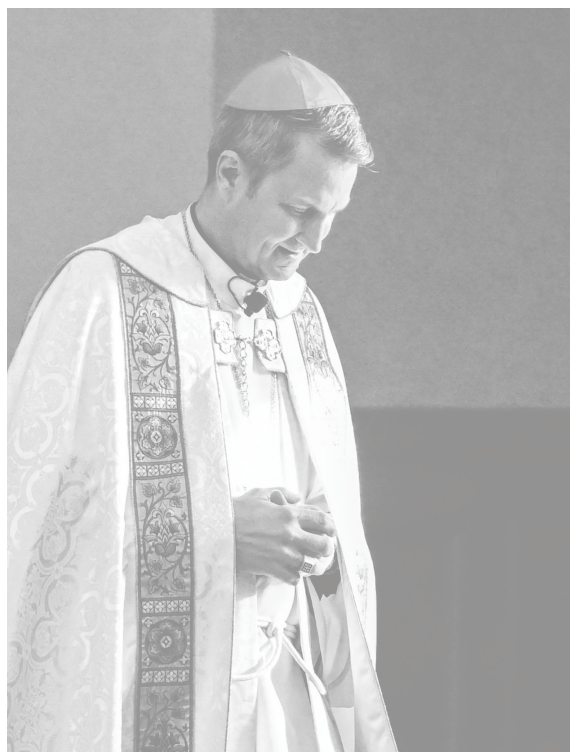
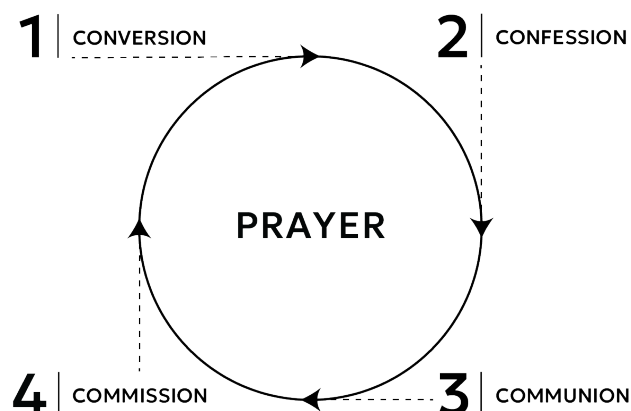
La oración es la pieza central y vital que merece una atención especial porque atraviesa a todas las demás y las mantiene unidas. En pocas palabras, la oración es hablar y escuchar a Dios. La oración es nuestra relación con Dios mismo. Es la elevación de la mente y el corazón a Dios. (CIC 2559)

Santa Teresa de Lisieux lo describió bellamente: "Para mí, la oración es una oleada del corazón; es una simple mirada dirigida al cielo, es un grito de reconocimiento y de amor, que abarca tanto la prueba como la alegría". (CIC 2558)

Las palabras de Santa Teresa nos recuerdan que, en el fondo, todo corazón humano anhela algo más grande. El Catecismo nos dice que la humanidad "está en busca de Dios", y que esta búsqueda es realmente nuestra respuesta a Dios, que nos llama primero. Jesús dejó esto claro cuando les dijo a sus discípulos: **"Ustedes no me eligieron a mí; he sido yo quien los eligió** a ustedes y los prepararé para que vayan y den fruto, y ese fruto permanezca. Así es como el Padre les concederá todo lo que le pidan en mi Nombre..." (Juan 15:16).

En la oración, llegamos a conocer a Dios más profundamente mientras tratamos de escucharlo. Porque escuchar permite que el Señor nos hable y también dirija nuestra oración. También llegamos a conocernos a nosotros mismos a sus ojos. La oración es la forma en que Dios nos revela su corazón y nos revela nuestro verdadero ser. Es por eso que la oración no es solo otra tarea para los discípulos. Es el latido de todo nuestro camino para vivir en unión con Jesús hoy y siempre.

El siguiente diagrama muestra el lugar central de la oración en la vida de un discípulo. La oración conecta y nutre cada paso: conversión, confesión, comunión y comisión, ayudándonos a acercarnos más a Cristo cada día.



Esto es cierto porque:

- Siempre necesitaremos conversión, ya que a menudo elegimos nuestro propio camino en lugar del de Dios.
- Siempre necesitaremos la *confesión*, hasta el día en que veamos a Jesús cara a cara.
- Siempre necesitaremos el don de la *comunión* porque siempre estamos siendo transformados a su semejanza.
- Y Jesús siempre nos *comisionará* para hacer nuevos discípulos, siempre que haya almas a las que alcanzar.

La oración alimenta todo esto. Nos mantiene arraigados en Cristo para que podamos ser cambiados, perdonados, fortalecidos y enviados. Además, invita a otros a hacer lo mismo. En otras palabras, nuestra relación con Jesús en oración nos muestra dónde estamos en el camino del discipulado. San Pablo dijo: "Orad sin cesar" (1 Tesalonicenses 5:17), porque siempre debemos permanecer abiertos a Aquel que nos cambia y, a través de nosotros, puede cambiar el mundo.

Si sus hijos y jóvenes no lo ven orar, pueden pensar que no ora en absoluto. Te animo a *hacer* de la oración una parte de tu vida diaria. ¡Muéstrale a la próxima generación que apartas tiempo para orar y enséñales, paso a paso, cómo orar también!

Hay innumerables razones para orar, y nuestra Iglesia nos brinda una variedad ilimitada de formas en que podemos orar. Esto incluye oraciones de bendición y adoración, y oraciones de petición, intercesión y acción de gracias.

Predicar y Vivir el Evangelio

En *Evangelii Gaudium* (*La alegría del Evangelio*), el Papa Francisco nos recordó nuestra misión de compartir la Buena Nueva:

“Cada cristiano y cada comunidad deben discernir el camino que el Señor señala, pero a todos se nos pide que obedezcamos su llamado a salir de nuestra propia zona de confort para llegar a todas las ‘periferias’ necesitadas de la luz del Evangelio”.

Esas “periferias” no están muy lejos, están a nuestro alrededor: personas que nunca han oído hablar de Jesús, aquellos que fueron bautizados pero se alejaron, e incluso fieles feligreses que aún necesitan abrir sus corazones a la plenitud de su amor y misericordia. A veces la periferia está dentro de nuestras propias familias.

Desde el comienzo de su pontificado, el Papa León XIV ha llamado a la Iglesia a recordar a aquellos que aún no han escuchado el Evangelio, especialmente en lugares donde no es fácil decir la verdad en el amor.

Nos recuerda:

“... no es fácil predicar el Evangelio y dar testimonio de su verdad, donde los creyentes son burlados, opuestos, despreciados o, en el mejor de los casos, tolerados y compadecidos. Sin embargo, precisamente por esta razón, son los lugares donde se necesita desesperadamente nuestro alcance misionero. La falta de fe a menudo va trágicamente acompañada de la pérdida del sentido de la vida, el descuido de la misericordia, las terribles violaciones de la dignidad humana, la crisis de la familia y tantas otras heridas que afligen a nuestra sociedad”.

Here in the Diocese of Joliet, we are called to shine the light of the Gospel for all to see. This is our mission and purpose, our daily task, and the source of our deepest joy. May we go out with courage and hope, preaching not just with words, but with words, actions, and lives transformed by Jesus Christ.

“

Estamos llamados a hacer brillar la luz del Evangelio para que todos la vean. Esta es nuestra misión y propósito, nuestra tarea diaria y la fuente de nuestra alegría más profunda.



Conclusión – Hagamos discípulos para Jesús

Gracias por pasar este tiempo conmigo reflexionando sobre la misión audaz y hermosa que Jesús nos ha confiado a cada uno de nosotros: hacer discípulos.

A lo largo de esta carta, hemos explorado lo que significa ser un discípulo y cómo, por la gracia de Dios, nos convertimos en hacedores de discípulos. Le he invitado a abrazar una visión de Catequesis, Evangelización y Fe en Acción, y a hacer realidad esa visión siguiendo una hoja de ruta clara con los cuatro pasos de conversión, confesión, comunión y comisión, todo ello basado en una vida de oración con su deseo de vivir en unión con Jesús.

También hemos reconocido el panorama cambiante que nos rodea. La cultura está cambiando rápidamente. Nuestros desafíos son reales. Pero Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos (Hebreos 13:8). Dios sigue siendo nuestra roca, nuestro refugio y nuestra razón de esperanza.

Ahora, ha llegado el momento de que hagamos discípulos. Sin embargo, no podemos hacer discípulos a menos que primero nos convirtamos en verdaderos discípulos..

Por lo tanto, juntos, abramos nuestros corazones y nuestras vidas:

- Hacer tiempo para la oración.
- Hacer espacio para la abundante misericordia y gracia de Dios.
- Hacer que nuestra cosmovisión refleje la verdad del Evangelio.
- Llegar a misa todos los domingos, incluso en vacaciones o en verano.
- Dar cabida a la construcción y pertenencia a una comunidad parroquial.
- Hacer visible el amor de Cristo en nuestras acciones cotidianas.
- Hacer de Jesús y la Eucaristía el centro de nuestra vida espiritual.
- Hacer de la salvación de las almas la razón detrás de todo lo que hacemos.

Y esta misión no es para un futuro lejano. Comienza hoy de esta manera:

- Hacemos discípulos cuando compartimos nuestra fe con un miembro de la familia, un amigo, un vecino, un compañero de trabajo o incluso un extraño.
- Hacemos discípulos cuando invitamos a alguien a Misa y cuando hablamos de nuestro amor por la Eucaristía, por María y por los santos.
- Hacemos discípulos cuando enseñamos a nuestros hijos a orar, consolar a un prójimo necesitado o servir sin esperar nada a cambio.
- Hacemos discípulos cuando perdonamos, así como Dios nos perdona misericordiosamente.
- Hacemos discípulos cuando escuchamos con compasión y damos testimonio de la verdad con valentía y humildad.
- Hacemos discípulos cuando transmitimos la fe enviando a las próximas generaciones a nuestras escuelas católicas y programas de educación religiosa.
- Hacemos discípulos cuando respetamos la vida desde la concepción hasta la muerte natural.
- Hacemos discípulos cuando trabajamos por la justicia, la paz y la dignidad de cada persona.
- Hacemos discípulos cuando cuidamos la creación de Dios.
- Hacemos discípulos cuando alimentamos a los pobres y acompañamos a los que sufren y son marginados.
- Hacemos discípulos cuando otros encuentran que nuestro gozo, fe y esperanza son contagiosos.
- Hacemos discípulos por lo que decimos, por lo que hacemos y por cómo vivimos como hijos e hijas de Dios.

Entonces, pregunto de nuevo: ¿Qué estamos esperando?

Jesús ya nos ha dado Su Espíritu, Su Palabra y Su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Ahora continúa confiándonos su misión, no solo para seguirlo, sino también para hacer seguidores de Él.

Así se renovará la Iglesia... no solo por programas, no tratando a la Iglesia como un club, y no aferrándose al status quo, sino por estar encendido de amor por Jesús, quien es verdaderamente Dios y desea ser su Salvador personal. La Iglesia se renovará al abrazar su misión y comprometiéndose a hacer discípulos para la gloria de Dios.

De eso se trata toda esta carta: de vivir la misión de Cristo a través de la *catequesis*, la *evangelización* y la *fe en acción*. Es una invitación urgente, no conformarse con solo conocer a Jesús, sino a conocerlo verdaderamente personalmente, a amarlo, a seguirlo con valentía, a servirle a Él y a los demás con todo nuestro ser, y a compartirlo con alegría.

Una vez que hemos escuchado a Jesús llamarnos por nuestro nombre, una vez que hemos encontrado Su amor y misericordia, una vez que hemos experimentado Su presencia en la Eucaristía, y una vez que hemos visto Su rostro en el servicio a los demás, nunca somos los mismos. Cuando eso suceda, nunca querremos guardarnos ese amor para nosotros.

Espero sinceramente que la Diócesis de Joliet se convierta en la diócesis más evangelizadora del país, no por competencia, sino porque amo a Jesús. Quiero que tú también lo ames, con un amor que transforme tu vida y atraiga a otros hacia Él. Así que séa fiel. Séa audaz. Y juntos, **hagamos** discípulos para Jesús... ¡Empezando ahora!

Para obtener recursos sobre cómo vivir "Hacer" en su vida diaria y ejemplos de los santos, visite make.diojoliet.org.



**Escanee para visitar
nuestro sitio web**

make.diojoliet.org

Preguntas para la reflexión

Le invito a que se tome un tiempo para reflexionar sobre esta carta pastoral, por su cuenta, con otra persona, con su familia o en pequeños grupos en su parroquia. Estas preguntas siguen las secciones de la carta y pueden ayudarle a escuchar cómo el Espíritu Santo puede estar llamándole a hacer discípulos hoy. Por favor, sepan que mientras oran y reflexionan, yo también estoy orando por ustedes.

I. Introducción – Dios amó tanto al mundo

- ¿Cómo he experimentado personalmente el amor de Dios por mí?
- ¿Ha cambiado mi comprensión del amor de Dios a lo largo de los años? ¿Cómo?
- ¿De qué manera puedo llevar a otros a un encuentro con Dios?

II. Un enfoque renovado en un panorama cambiante

- En la cultura actual, ¿cómo retengo la esperanza en Cristo?
- ¿Cómo veo los desafíos en nuestra cultura como oportunidades para compartir la esperanza de Cristo con los demás?

III. Primero, Ser Hecho

- ¿Qué estoy haciendo para profundizar mi propio discipulado, para tener algo real que compartir? ¿Quién podría ayudarme?
- ¿Qué significa “No puedes dar lo que no tienes” para mi vida de fe?

a. Conversión

- Have I had a clear moment, or season, of true conversion?
- What is Jesus doing in my heart right now?
- How can I invite Jesus to renew my heart today?

b. Confesión

- ¿De qué manera he experimentado la misericordia de Dios en mi vida?
- ¿Recurro regularmente al Sacramento de la Reconciliación?
- ¿Qué podría alejarme de la Santa Cena?

c. Communion

- ¿Alguna vez he tenido una experiencia transformadora con Jesús en la Eucaristía?
- ¿Qué tan central es la Eucaristía en mi vida?
- ¿Cómo puedo crecer en el amor por Jesús verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento?

d. Comisión

- Cuando escucho “Id y haced discípulos”, ¿cómo me siento llamado a responder?
- ¿Cómo puedo poner mi fe en acción en mi familia, parroquia, lugar de trabajo o vecindario? ¿Me siento equipado para hacerlo?

IV. Oración: mantenerlo todo unido

- ¿Cómo da forma la oración a mi vida diaria y mis relaciones?
- ¿Qué pasos puedo tomar para profundizar mi oración personal y enseñarla a los demás?

V. Predicar y vivir el Evangelio

- ¿Dónde están las “periferias” en mi propia vida, personas o lugares que necesitan la luz de Cristo?
- ¿Cómo puedo anunciar el Evangelio con alegría con mis palabras y acciones?

VI. Conclusión – Hagamos discípulos para Jesús

- ¿Cómo me está llamando Jesús a hacer discípulos?
- ¿Cómo puedo ayudar a mi familia, parroquia, escuela y comunidad a estar más viva con Su misión?



Una Carta Pastoral para la Gente
de la **Diócesis de Joliet**



HACER

Una Carta Pastoral para la Gente
de la **Diócesis de Joliet**



Escanee para visitar
nuestro sitio web

make.diojoliet.org